

MaraSalvatrucha y Eighteen Street. Emblemas de una identidad colectiva trasnacional de principio del siglo XXI.

Rosalba Elizabeth Rivera Zúñiga.

Cita:

Rosalba Elizabeth Rivera Zúñiga (2007). *MaraSalvatrucha y Eighteen Street. Emblemas de una identidad colectiva trasnacional de principio del siglo XXI. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1571>

Mara Salvatrucha (MS-13) y Eighteen Street (Barrio 18):

emblemas de una identidad colectiva juvenil transnacional a inicio del siglo XXI.

Por Rosalba Elizabeth Rivera Zúñiga

Posgrado de Estudios Latinoamericanos, UNAM

rosrivera@gmail.com

RESUMEN:

Enseguida se plantea sucintamente la trascendencia de prácticas y representaciones colectivas protagonizadas por jóvenes urbanos a través de la violencia y el miedo, en el contexto regional centro y norteamericano de principio de este siglo. Tratando de distinguir entre sus afectaciones reales en la vida social local, nacional e internacional, de las argumentaciones políticas estigmatizantes y reproductoras de alarma transnacional —al incluirlas en la agenda de actores desestabilizadores de la paz, la seguridad y el desarrollo, y preponderar su carácter de crimen organizado internacional, incluso aparejado con el terrorismo— discurso que en ocasiones termina abonando para la reelaboración y fortalecimiento de las pandillas mismas.

Como fenómeno social, estas pandillas —popularmente conocidas como *maras*— constituyen una evidencia más de la paradoja entre la modernidad económica y política exaltada en las arengas oficiales nacionales, frente a los excesivos rezagos socioculturales reflejados en la cotidianidad de amplios sectores excluidos a nivel mundial. Asimismo, es una demanda colectiva de “existir público” expresada por la vía más radical y destructiva al alcance de este sector, que es la violencia.

Además, el privilegiado tratamiento punitivo gubernamental, así como la progresiva desintegración del tejido social en los principales países de origen y recepción de las *maras*, lejos de contener el problema, incentiva su evolución en un sentido contrario, donde sus consecuencias más claras se traducen en elevados costos económicos para los gobiernos, como sociales para un mayor número de territorios irrumpidos por los símbolos y la intención de reproducir las actitudes más trasgresoras y organizadas por parte de jóvenes excluidos.

Palabras clave: pandillas, violencia juvenil, prácticas y símbolos transnacionales.

1. Planteamiento general:

Los últimos años han sido particularmente dinámicos en lo que refiere a los procesos socioculturales de América Latina. Ahí conviven códigos urbanos propios de los intentos de modernización con costumbres y hábitos más tradicionales. Entre los procesos que han tornado notoriamente complejo el estudio de los fenómenos sociales están la transformación en el concepto de familia nuclear, la movilización de personas a través de las fronteras nacionales, la llegada de nuevas tecnologías de comunicación, el acortamiento notorio de la infancia y juventud como categoría social y el cambio en las demandas específicas de los distintos actores sociales.

Específicamente, en la región del istmo centroamericano de fin del siglo XX y principio del XXI presenciamos de la manera más cruda la paradoja entre las ambigüedades y contradicciones de un pretendido acceso al orden de vida moderno y expresiones humanas que demuestran un rechazo hacia las exigencias del orden global y sus consecuencias en el ámbito socioeconómico para cada vez más amplios sectores. Frente a ello, más que un avance en las formas de relación social, parece haber un cierto retroceso a las vías más primitivas para satisfacer necesidades humanas elementales.

Uno de los sectores que más claramente refleja la mencionada contradicción es el compuesto por jóvenes urbano-populares relegados a las periferias físicas y simbólicas del progreso en Centroamérica. Nos referimos específicamente a *las maras*¹.

¹ Se asigna el término maras a las pandillas centroamericanas formadas a partir de la confluencia de varios procesos sociales: la migración masiva de centroamericanos a EU desde la década de los 70 y posterior deportación a fines de los 90 a sus países de origen, principalmente a El Salvador. De ahí se comienza a usar el mote de "mara" —el cual ya era común en estos países para referir al grupo de amigos— asociado al sufijo que los distinguió en Los Ángeles: "salvatrucha". Posteriormente, en los inicios del siglo XXI comenzó a englobarse a las pandillas, en franca proliferación, bajo el genérico de "maras" sin distinción de agrupación particular a la que pertenecieran sus miembros. Refería, así, a un tipo de pandilla con características homogéneas como sus crecientes niveles de organización, su adscripción a determinados símbolos muy específicos (algunos provenientes de los barrios angelinos en EU), su grado de violencia, sus reglas y códigos, peleas entre pandillas rivales. Todo aquello que enmarcaba su perfil de operación. Se comienza a saber de dos grandes pandillas que construyen y aceitan la maquinaria de confrontación y venganza: la MS (Salvatrucha) y la 18 (el Barrio 18 o The Eighteen Street), ambos nombres surgidos en los barrios angelinos durante los ochenta.

Estas peculiares asociaciones integradas mayoritariamente por adolescentes y cada vez más niños, cuya razón de ser, estructura, objetivos y estrategias les hacen diferir substancialmente de cualquier antecedente de expresión colectiva registrada en América Latina.

Esta reflexión se centra en *las maras* como un caso que contrasta los aportes más sonados de la modernidad (como el desarrollo infraestructural y las comunicaciones a nivel global) con los desajustes que, a nivel económico y socio cultural, ésta ha producido para la vida humana en la región centroamericana, complejizada además por un ambiente de posguerra. Los actores que manifiestan esa paradoja son precisamente ciertos sujetos colectivizados bajo nombres y símbolos representativos, como MS (Mara Salvatrucha) o 18 (Eighteen Street), siendo posible leerlos como espacios de una forma de protesta frente a su insoportable situación de exclusión de las oportunidades elementales, una heredada cultura de la violencia y una imposibilidad de otorgar sentido vital y de movilidad compartida.

Sus letras y números se han convertido en evidencias palpables de los resultados cíclicos y recíprocos de los fenómenos de migración y violencia. Es decir, mientras mayores sean las carencias, más sentidas las injusticias, escasas las oportunidades de crecimiento y mayores las adversidades para el desarrollo en paz de los individuos y grupos en sus países de origen, éstos tenderán a la búsqueda de alternativas en otras latitudes, haciendo uso de las vías formales e informales, legales e ilícitas, de movimiento y sobrevivencia.

Por lo anterior, es indispensable pensar en rutas de explicación alternativas que incentiven al debate no sólo sobre la naturaleza de la acción de las maras (como representaciones sociales), sino también de sus alcances y potencialidades materiales de modificar socialmente el estado de cosas en función de sus contextos e interacciones,

dentro de los cuales los flujos de migración, junto con las políticas de contención derivadas, es un punto fundamental.

2. Mara Salvatrucha y Barrio 18: nuevos actores transnacionales en el contexto regional centro y norteamericano.

A lo largo de la historia latinoamericana, las juventudes han representado un sector de interés especial por considerarse como potencial dinamizador de la realidad social. Desde 1900 y en el ámbito filosófico, José Enrique Rodó en *El Ariel* apeló a la fuerza renovadora de los jóvenes para que ésta se convierta en el motor de transformación que incluía aspectos del espíritu individual y colectivo. Rodó pretendió abrir las conciencias juveniles a la voluntad de cambio social de un continente que comenzaba a andar, así como a la necesidad de una construcción identitaria como guía de su destino.

Más tarde, a lo largo del XX, los movimientos estudiantiles fueron el estrado ideal para dar cabida a la actuación decisiva de los jóvenes en momentos culminantes del devenir de América Latina, desde el ciclo emancipatorio, el romanticismo, la bohemia finisecular y la Reforma Universitaria de 1918 hasta la generación de la protesta y la revolución. De ese contexto, surge una de las concepciones más optimistas sobre la valoración de la acción social de los jóvenes: “ser joven y no ser revolucionario es una contradicción hasta biológica”, pronunciada por Salvador Allende².

Desde aquella perspectiva de participación de los jóvenes en las luchas sociales era fácil aproximarse a las distintas variantes utópicas, expresiones identitarias y propuestas alternativas en juego dentro de tales idearios y prácticas sociales, junto a los problemas concomitantes sobre la continuidad o discontinuidad histórica, validez última de los agentes o sujetos colectivos, vínculos con la estructura económica y con las variables políticas.

² Discurso espontáneo en la Universidad de Guadalajara, Jalisco, México, el 2 de diciembre de 1992.

No obstante, la dinámica actual ha demostrado que aquel impulso vital tan halagado en su momento, se limita actualmente por condicionamientos propios de un tiempo y espacio históricos que multiplican las necesidades y desavenencias materiales, escasea los ideales, los modelos que valga la pena emular y las alternativas concretas para el desarrollo de una vida digna.

También se conocen en Latinoamérica experiencias en las que la marginación, el empobrecimiento y la violencia han favorecido expresiones por parte del sector vulnerable de jóvenes que rechazan con su actitud al sistema social. Por ejemplo, el caso del callejerismo infantil y adolescente extendido en los noventa en el centro de las principales ciudades de Brasil, Colombia y Centroamérica, o el riesgo al pandillerismo y el reclutamiento a las guerrillas en sus periferias. En tales casos, los parámetros de exclusión en la mayor parte de los niveles de la vida social hacen que huir a la calle e involucrarse en acciones delictivas represente la mejor opción.

Adicionalmente, el siglo XXI caracterizado, entre muchos otros rasgos, por la intensidad y diversidad de las migraciones humanas, otorga una posibilidad más para dar salida al ímpetu juvenil de movimiento en la búsqueda incansable de realización y de experiencia individual, buscando en el camino la socialización como parte de los intereses más innatos de la edad.

Pero hay que tener en cuenta que al enfrentarse a dispositivos selectivos y segregantes de reordenamiento social no todos los individuos reaccionan del mismo modo a las carencias, ya que tampoco disponen de las mismas oportunidades. Incluso, dentro de un mismo sector social, los procesos de exclusión y trayectorias elegidas o viables son distintos (Makowski, 2004).

La decisión de optar por una postura específica —pacífica o violenta— tiene que ver, entonces, con la fortaleza o debilidad de los lazos que existan en el entramado

humano en que se desarrolla cada individuo. Es decir, frente a unos lazos fuertes a nivel institucional que han resultado ineficientes para solucionar sus carencias —materiales y afectivas—, la posibilidad de crear y unir fuerzas a nivel colectivo a través de la extensión de lazos débiles permite la apertura de oportunidades, el flujo de información y la extensión de nuevos modelos de acción colectiva (Holzner, 2004).

El poder de los lazos débiles deriva de dar más acceso a la información a los miembros acerca de otras oportunidades, repertorios para la acción y recursos alternativos (Ibídem). Asimismo, reduce su vulnerabilidad frente al poder de grupos poderosos y su consolidación hace posible el conocimiento entre grupos distintos, lo que posibilita la cooperación en sus acciones.

Además, entre las megaestructuras sociales y los individuos existen formas organizacionales intermedias. Para los jóvenes son particularmente significativas las condiciones familiares, o su carencia, en la integración/desintegración, la fragilidad de los lazos sociales y la posibilidad de superarla.

Como lo menciona Makowski³, "la exclusión puede llamar a la puerta de cualquier persona, pero no le toca a cualquier persona. El evento particular que inaugura el inicio de la desinserción social tiene un peso relativo; existen heridas anteriores que provocaron vulnerabilidad o inestabilidad". Para nuestro caso, podemos buscar estas heridas en las secuelas de las guerras civiles relativamente recientes en los países centroamericanos, como de 1980 a 1992 en El Salvador y de 1960 a 1996 en Guatemala.

Igualmente, es cierto que entre los múltiples factores causales, *las maras* están relacionadas con la pobreza, pero sobre todo con el extremo debilitamiento del lazo

³ Makowski, Sara (2004) citada en América Latina: Mercados, Audiencias y Valores en un Mundo Globalizado, por Néstor García Canclini: <http://www.comminit.com/la/pensamientoestrategico/lasth/lastld-734.html>

social que supone el dejar en la estacada al hogar y que suele explicarse por patologías familiares y trayectorias psicológicas⁴.

Un tema aparte merecería el papel de los medios de comunicación como difusores de pautas de heroicidad que conminan a la adopción de una identidad basada en las más diversas formas de trasgresión a la vida humana y propician la elaboración de fantasías sobre modelos ficcionales atractivos para la juventud. Pero también, los mensajes de terror difundidos masivamente por estos medios en la búsqueda del *rating* han reforzado el clima de segregación, enfrentamiento y temor social.

Dentro de sus mensajes, la parafernalia desplegada alrededor de las *maras* tomó su importancia comercial, produciendo a su vez un incentivo para los protagonistas jóvenes por “aparecer” cada vez más, poseer un espacio público a través de imágenes temibles y registros alarmistas en el escenario periodístico.

Por lo tanto, a primera vista, el tratamiento general dado a las *maras*, sobre todo a nivel del discurso político y mediático, se ha centrado en el estigma y la simplificación como un aspecto más de la delincuencia organizada y del vandalismo juvenil. No se mira como un caso de jóvenes en un contexto de posguerra, desilusionados del sistema, apáticos ante los paupérrimos beneficios obtenidos, profundamente dinámicos, enojados y reactivos ante su exclusión social, económica, política y cultural, e ilustrados en cuanto a un cúmulo de injusticias, crímenes y manejo de instrumentos bélicos.

Pero también a diferencia de otros movimientos juveniles urbanos posbélicos, *las maras* en el contexto centroamericano actual representan la traducción de una identidad juvenil urbana cuyas condiciones de marginación y aprendizajes sociales la conminan a expresar su desavenencia de manera destructiva, incivilizada, casi tribal,

⁴ *Ibidem*

pero adhiriéndose a su vez a las ventajas de recursos tecnológicos y comunicacionales para incluirse en la escena social con una fuerza sin precedentes en la región.

Por ejemplo, otros colectivos juveniles en Europa y Estados Unidos de los sesenta se dedicaron a vagabundear y meditar sobre su insatisfacción existencial asumiendo cierta identidad pacífica como los “beats”; otros a desahogar su desazón ante mundo mediante el éxtasis producido por la droga, como los “beatniks”; a crear una forma alternativa de relación social y vida comunal, como los “hippies”, o a provocar artísticamente la indignación en la sociedad ante el rumbo fatal de las guerras, como los “provos”.

Así también, algunos expresaron su protesta ante la represión y el autoritarismo lanzándose impetuosos en busca de la libertad y del placer a través de la violencia, como los “halbstarke” en Alemania, los denominados “teddy-boys”, “mods” y “rockers” en Gran Bretaña; “vitelloni” en Italia; “blusons noirs” en Francia; “skunafolke” en Suecia; los “gamberros” en España, los “stiliague” soviéticos y los “hooligans” polacos (Salvat,1974).

De manera similar, la identidad de *las maras* estaría conformada por una fuerte carga de tribalismo, ya que así como la relación comunitaria afectiva es indispensable, sus acciones también parecen estar poco elaboradas concienzudamente con proyectos, son en principio más emotivos y lúdicos. Pero, además, a través de esa identidad, se manifiesta la comunión de quienes, muchas veces sin conocerse, comparten y defienden desde cualquier distancia la misma bandera, en este caso el nombre de su *mara*, bajo la cual se justifica cualquier acción.

3. El nivel simbólico y el instrumental: dos variables de la identidad colectiva de las pandillas transnacionales.

Hoy día, las maras han tomado por sí mismas un lugar importante en los espacios de análisis sobre democracia y desarrollo económico regional al plantear fisuras y fracasos en las estrategias de igualdad de oportunidades, desarrollo social, así como también respecto a la seguridad pública nacional e internacional y, por consiguiente, un reto inminente para los Estados y varios actores sociales involucrados en la construcción social democrática (por ejemplo, organizaciones no gubernamentales, iglesias, organismos de cooperación internacional, instituciones académicas, entre otras).

Particularmente, en la región de América Central donde la ausencia de progreso económico y político real ha derivado desde décadas atrás en una serie de confrontaciones políticas civiles —durante los 70 y 80— y social-cotidianas —de los 90 en adelante— las consecuencias de estos rezagos no sólo se han reflejado en los espacios locales y nacionales, sino en los cruces fronterizos (que frecuentemente han sido el refugio privilegiado para la población desfavorecida) y en la consolidación de redes que atraviesan transversalmente las geografías, las culturas y los sentimientos colectivos.

Así pues, la presencia de las maras como actores colectivos emergentes en el ámbito regional tiene sus raíces en la movilidad humana recíproca a través de las fronteras (primero de Centroamérica hacia EU, y luego de regreso, y posteriormente en la cadena ambulatoria mantenida en la actualidad), que arrastra consigo el contenido cultural propio de los grupos en transición geográfica, retroalimentado a lo largo del camino recorrido.

Las derivaciones de este proceso intenso de interacciones sociales tienen el potencial de modificar material y culturalmente a las sociedades por las que esta identidad colectiva juvenil atraviesa y construye su contenido. En este sentido, es indispensable pensar multidisciplinariamente el tipo de transformaciones y los niveles de afectación que puede llegar a adquirir un fenómeno desterritorializado como éste.

Y es que, los rasgos componentes de una identidad colectiva abarcan elementos instrumentales (materiales), como no instrumentales (simbólicos) que construyen y refuerzan cotidianamente al grupo y le permiten realizar una delimitación, quizá inicialmente rudimentaria, sobre el reconocimiento de agravios comunes, la señalización de enemigos, los valores e ideas, las creencias y símbolos representativos, con los cuales establecen las fronteras de su acción, así como las posibilidades que marcarán su evolución hacia una u otra dirección

Es decir, en función de las oportunidades y limitaciones que estos grupos encuentren a su alcance, se replantea también una ruta a seguir, unas estrategias de acción (violencia abierta) o reacción (repliegue), en las cuales está siempre involucrado el factor de movilidad geográfica tanto local o internacionalmente.

Las graffías estampadas en las paredes y las víctimas mortales de pandillas juveniles nacidas en Los Ángeles, tales como la Mara Salvatrucha o la 18, que pueden ser hallados en ciudades y pueblos en el sur de México, Guatemala Honduras, Nicaragua y El Salvador, son sólo algunas de las evidencias más de una —antes silenciosa y ahora escandalosa— globalización de los territorios periféricos que está afectando a la población regional por medio de la migración internacional (Andrade-Eekhoff y Silva, 2003).

Como sabemos, las redes transnacionales no están limitadas sólo a las remesas familiares ocasionales o las visitas a los pueblos de origen, que por sí mismos no

constituyen un fenómeno nuevo. Los avances más importantes a tomar en cuenta son diversidad y densidad de estas redes así como su frecuencia, facilitada por las innovaciones en medios de transporte y comunicaciones globales (Ibidem)

En este sentido, es posible hablar de una emergencia de grupos itinerantes transnacionalmente en principio por necesidad de seguir a sus familiares en busca de nuevos horizontes de realización, luego por coerción gubernamental al haber cometido un acto delictivo en tierra norteamericana. Y posteriormente, al formar parte de un grupo cuya actividad les conmina a la movilidad interlocal a raíz de los constantes conflictos entre grupos e individuos, así como por la persecución policiaca cada vez más extendida.

Como lo distinguen Portes, Guarnizo y Landolt (1999), el transnacionalismo comprende “las ocupaciones y las actividades que, para su implementación, requieren contactos sociales regulares y sostenidas en el tiempo a través de las fronteras nacionales”, tal como ocurre hoy con los integrantes de estas dos pandillas, cuyos contactos en puntos clave de cada país en la región centro y norte hacen posible su movilidad, así como el intercambio de información para concretar diversas acciones.

Asimismo, el término transnacional se refiere a las actividades iniciadas o sostenidas por actores no instituciones, siendo estos grupos o redes de gente organizada que actúa entre fronteras (Portes, 2001). Hoy, las pandillas y sus lazos con otros actores organizados en actividades transfronterizas son una de las posibles manifestaciones de esta transnacionalidad.

De ahí que los intercambios socioculturales realizados por este nuevo actor social eminentemente juvenil no sólo impactan a los migrantes, sino también a aquellos que no migran, es decir, a la población natural de sus países a donde se asientan los rasgos de la identidad pandilleril aprendida afuera, y se mezclan con el de por sí

ambiente hostil, que es en mucho la secuela de una historia reciente de confrontaciones bélicas en la región.

Así es como estos flujos menos palpables incluyen la reproducción de las identidades sociales y culturales en espacios diversos. Y, como lo mencionan Andrade-Eekhoff y Silva-Avalos (2003), la frecuencia y el alcance de estos cambios (económicos, socio-culturales, y políticos) son importantes para determinar la densidad y diversidad del transnacionalismo en los procesos migratorios. Algunos individuos pueden involucrarse casi exclusivamente en intercambios económicos frecuentes, pero con el tiempo se desarrollan también flujos sociales y, sobre todo, culturales.

De la misma manera como ciertos migrantes toman parte en los intercambios económicos, otros individuos pueden involucrarse predominantemente en un transnacionalismo socio-cultural y no entrar en el ciclo tradicional y común cuya relación consiste en mandar o recibir remesas familiares. Los intercambios de mayor o menor frecuencia y de mayor o menor alcance llevarán a diferentes procesos de transnacionalización en términos de su densidad y diversidad.

Por lo tanto, al hablar de construcciones identitarias, en donde la moneda de intercambio reside en símbolos representativos y en actividades específicas que demuestran la valía y el poder de los grupos mencionados —MS y 18—, estamos hablando de procesos sumamente profundos, aunque no diversos de relación y construcción constante de su transnacionalidad.

Además, existen por lo menos cuatro procesos que se han manifestando dentro de esta dinámica de intercambio: la migración intra-regional, la migración de tránsito, la migración a los EU y la deportación a los países del istmo. Todos estos momentos están íntimamente vinculados a fuerzas políticas y económicas a nivel global (Sassen, 1998; citado por Andrade-Eekhoff, 2003). Es decir, las redes sociales que dan cabida a la

migración están profundamente relacionadas con los grandes procesos políticos y económicos que hacen posible y necesario trascender las fronteras territoriales.

Vale recordar que la migración de centroamericanos hacia Estados Unidos tiene una larga historia, marcada durante el último medio siglo por los intereses político-económicos de Estados Unidos. En la década de los ochenta, la mirada norteamericana centró su atención hacia la región central de América Latina por ser un espacio crítico donde se libraba una parte decisiva de su batalla geopolítica casi al término de la guerra fría. Fue entonces cuando la administración Reagan temía profundamente a la expansión comunista soviética, por lo tanto hizo grandes esfuerzos para proteger sus intereses a cualquier costo. Para ello, entre otras estrategias, asentó a sus tropas en Honduras desde donde desató el apoyo logístico y militar en contra de los rebeldes sandinistas nicaragüenses. A la par, el ejército y la cooperación externa de EU durante esa década aportaron un estimado de 6 mil millones en El Salvador, todo para asegurar que el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional no tomara el control político en ese país (Andrade-Eekhoff y Silva-Avalos, Ibid).

Así pues, la violencia política que una vez estuvo en el origen de la movilidad masiva desde Centroamérica hacia los países vecinos del norte (México y Estados Unidos) en búsqueda de refugio y paz, hoy en tiempos de supuesta estabilidad política el riesgo de sufrir violencia cotidiana para la mayoría de los habitantes centroamericanos se ha multiplicado. Precisamente, la agresividad con que las políticas de seguridad internacional instrumentadas desde Washington para la región central de América, funciona como provocación para que una mayor cantidad de gente migre nuevamente en las rutas tradicionales de destino.

De esta manera, las estrategias regionales antimaras no solamente han fomentado el recrudecimiento de la violencia entre la MS y la 18, grupos antagónicos

entre sí y las autoridades, sino que han agravado la problemática en la que ahora se ha visto involucrada a la población civil como víctima representativa de la competencia por el poder, el territorio y el dominio de los mercados ilícitos.

Por lo tanto, el caso de *las maras* es representativo de una época en que impera un clima de terror generalizado socialmente, donde la espiral de la violencia simboliza el punto de contradicción entre las consecuencias negativas que la modernidad genera localmente y que el proceso globalizador ayuda a reproducir e intensificar atravesando las fronteras nacionales.

Además, la existencia de *las maras* es evidencia de la voluntad de acción colectiva y capacidad de organización interna así como para integrarse con otros grupos —con los que puedan establecer aliados— a través de redes sumergidas de socialización (Muller, 1997) por parte de un sector específico de la actual generación de jóvenes urbano populares en dicho espacio.

Contrario a otros movimientos juveniles en América Latina del siglo XX, como el estudiantil, el sentido del actuar colectivo de una parte de la juventud centroamericana a principios del XXI a través de la organización pandilleril, podría poner de manifiesto también un desprecio por las formas de relación identificadas con el orden social y político formalmente instituido, junto con el ánimo de “autoincluirse” por la fuerza en el escenario público social.

4. La dinámica extensiva de violencia y miedo, como principales representaciones de la transnacionalización pandillera.

Con base en los elementos de la perspectiva teórica constructivista de la identidad colectiva es posible notar cómo se ha desarrollado una dialéctica de elaboración y retroalimentación de identidades pandilleriles a partir de la intervención de múltiples

actores —protagonistas, antagonistas y observadores— en un contexto de movilidad y conflicto afectado por variables espaciotemporales en que se desarrollan tales interacciones.

En este proceso, es posible identificar al menos tres etapas de desarrollo de la identidad pandillera, durante las cuales se ha definido constantemente su marco de significación, del cual depende el reconocimiento de los agravios, culpables, así como las formas y posibilidades de su acción en función de las condiciones que provean el ambiente y actores externos —por ejemplo, el Estado y sus instituciones, grupos de la sociedad civil, iglesias, o aquellos operantes en las redes sumergidas de la sociedad formal.

Dentro de la primera etapa, ubicamos las **condiciones** en las cuales fueron apropiados los símbolos de las dos pandillas que —por su efervescencia pública transnacional y la creciente multiplicación de sus representaciones— se han considerado las más importantes en el actual contexto centroamericano. ¿Cómo estos símbolos llegaron a ser los grandes referentes del antagonismo colectivo juvenil barrial y luego marcaron batalla transnacional?

Como segunda etapa, se identifica la complejización del conflicto social alrededor de las pandillas que, de la anterior etapa de ofensiva bilateral inter-pandillas, pasa a la defensiva múltiple ante la emergencia de diversos agresores. Es una etapa intermedia donde, entre otras adaptaciones, se ve cómo las pandillas se cierran y consolidan sus anteriormente débiles estructuras, se fortalecen los liderazgos y se mimetiza su acción.

Finalmente, se puede hablar de una tercera etapa de **redefinición** propiamente de las identidades colectivas en cuestión. Sin simplificar las opciones, es posible hablar claramente de dos tendencias hacia las cuales mutan las definiciones iniciales de las

pandillas dependiendo del actor de influencia y el nuevo contenido de significación grupal que éste ofrezca. La primera opción, es la religión y la acción colectiva enfocada al beneficio comunitario a partir de los recursos solidarios de la identidad pandillera. Mientras que la segunda opción es la adaptación de los saberes instrumentales de las pandillas a las actividades y los fines de grupos ilícitos circulantes en la sociedad informal.

En este camino de desarrollo de la identidad colectiva pandillera es posible nombrar a por lo menos tres **actores mediadores** en la definición de significados del sentido de ser del colectivo. En primer lugar, la *influencia extranjera* en la instalación definitiva de los símbolos que en un primer momento enmarcarán casi exclusivamente la acción de los jóvenes adscritos a ellos, en un sentido de confrontación y antagonismo bilateral.

En segundo lugar, la recreación y difusión de estos dos nombres y símbolos por parte de los medios *masivos de comunicación* en toda la región, incrementará el sentido de pertenencia y reforzará la importancia de estos grupos a nivel transnacional. Y, por otro lado, esta misma sobrerrepresentación mediática posicionará ante la opinión pública a “las maras” como autores de todos los males de la sociedad centroamericana, con lo cual se incentivará el discurso de eliminación de éstas a cualquier precio.

De ahí, se genera la tercera mediación en la reconfiguración de las pandillas, que es la *acción represiva y persecutoria*, tanto oficial como extraoficial, que recae en los grupos conminándolos a replantear sus estrategias. En este sentido, cabe mencionar el papel de los grupos de exterminio operantes en El Salvador, Honduras y Guatemala que actúan actualmente con la mayor impunidad asesinando abiertamente a niños y jóvenes con la sola apariencia de pandilleros, según lo documentan las agencias de derechos humanos en cada país.

Por su parte, los medios han contribuido con su función deslocalizadora al multiplicar la alarma sobre la “invasión” de “pandillas de la globalización” —primero a nivel regional y luego internacional—, promocionando las características “más atractivas” de este nuevo actor social: “no son ciudadanos normales, sino delincuentes”, “sanguinarios”, “malacates”, “feroces”, “verdaderos criminales que cortan cabezas”, “tribales”, “satánicos”, entre otros calificativos. Asociando, también, casi de manera automática a este nuevo actor como responsable o protagonista de las problemáticas generales y más actuales nacionales e internacionales, el crimen organizado, el narcotráfico e incluso el terrorismo.

Paradójicamente, el sentido de esta difusión fue —y continúa siendo— más desfavorable para el grueso de la población centroamericana, no involucrada con las pandillas, que para las propias pandillas, ya que mientras los primeros temen aún más a la delincuencia y a cualquier representación juvenil callejera, los segundos “sienten” tener más poder y dominio gracias al temor que inspira ya no su presencia física, sino su sola nominación.

Otra función que han realizado los medios masivos ha sido la generación de una opinión pública que, penetrada por el **miedo**, demanda las medias más radicales en contra de las pandillas, e incluso consiente actitudes violatorias de derechos humanos con tal de sentir mayor seguridad. Además, derivado de la desconfianza en las instituciones impartidoras de justicia, algunos sectores dentro de este público exasperado ha llegado a la toma de justicia por propia mano con el fin salvaguardar su integridad física.

El efecto es el incremento natural de la cobertura mediática en función de la radicalización y complejización del problema entre pandillas, no sólo maras contra ellas mismas, sino contra otros grupos e individuos aparentemente fuera del terreno de acción

de las pandillas. En este sentido se da una mayor polarización por parte de los observadores, un incremento del temor respecto a su presencia y, por consiguiente, el aval de la sociedad para implementar prácticas represivas que salven la urgente necesidad de seguridad ciudadana.

Como consecuencia, se impulsa una mayor y más efectiva movilización de las pandillas, no sólo para efectuar su actividad de pelea entre ellas, sino para establecer alianzas y actividades que les permitan sobrevivir y escapar de las políticas y acciones persecutorias y represivas.

Notoriamente, de la información, muchas empresas periodísticas tomaron el oficio de agoreros para comenzar a hablar de la expansión de las maras como hormigas que traspasaban fronteras geográficas y extendían su poderío delictivo. En efecto, fue en los primeros años del 2002 cuando las pandillas, ya identificadas con el genérico de maras, comenzaron a desarrollarse no sólo en toda la región central de América Latina, sino también comenzó a consolidarse su presencia en las fronteras mexicanas.

Como efecto del temor desatado en el público, se pusieron en marcha las políticas de mano dura en todos los países, lo cual sirvió como catalizador para la huida de las pandillas hacia otros destinos dentro y fuera de la región. Con esto, comenzó la movilización y el intercambio del contenido cultural e instrumental de las pandillas, ya que los integrantes de una mara de El Salvador fueron en búsqueda de refugio con sus comparsas en Guatemala, los de aquí fueron a El Salvador o a Honduras, otros a México. Muchos más trataron de regresar a cualquier precio a Estados Unidos.

En fin se comenzó a desencadenar un movimiento de intercambios y enlaces entre ellos y de reforzamiento del vínculo con aquellas redes sumergidas de la sociedad informal o ilícita, pues se ligaban a diversos grupos criminales que sirvieran de apoyo para su movilización transnacional, encubrimiento y protección.

5. Trayectorias posibles en la transnacionalización de las pandillas a partir de la reacción política de los Estados involucrados.

Finalmente, una clave más en la evolución de este tipo de identidad colectiva juvenil popular y urbana transnacionalizada son las estrategias (políticas y leyes) represivas implementadas tanto oficial como extraoficialmente en los países centroamericanos en cooperación y coordinación con Estados Unidos, las cuales han aceitado aún más la movilidad instrumental y no instrumental de estos grupos.

En este sentido, las pandillas son empujadas a las fronteras, convirtiéndose éstas en plazas comerciales por excelencia para el intercambio cultural y actividades ilícitas. Así, junto con las cárceles, las fronteras son hoy el espacio de encuentro de grupos ilegales que se pueden contactar y conocer ampliando sus redes y capacidades.

Hemos constatado la importancia de los lazos sociales elementales para mantener las relaciones fuera de las fronteras y construir una identidad colectiva, que en el caso de las pandillas tiende a enfatizar cada vez su potencialidad hacia la trasgresión y la muerte. No obstante, vale la pena imaginar algunos escenarios posibles en función de las experiencias recientes que estos grupos han tenido a través del establecimiento de aliados y el reforzamiento lazos específicos que los vinculan para seguir una u otra dirección.

Una de estas direcciones es la ruta del crimen organizado, donde tiene cabida el potencial violento y destructivo de la identidad colectiva de estas dos pandillas y su representación y circulación transnacional. Es decir, en estas redes sumergidas donde las pandillas actúan y se relacionan con otros grupos de interés es factible que se dé un estrechamiento del vínculo entre organizaciones establecidas precisamente para la realización de actividades ilícitas a todos los niveles, tanto local como regional e internacionalmente, tal es el caso del narcotráfico.

Centroamérica casi en su totalidad se ha convertido en el corredor comercial por excelencia donde los traficantes de droga aprovechan los recursos humanos disponibles en los pandilleros y su incipiente organización para reclutar a expendedores, vendedores a pequeña escala, agentes protectores, entre otras vacantes, que puedan realizar sus labores respaldados en la integración local y la conexión extralocal que éstos tienen a raíz de su pertenencia y poder en el barrio.

Estratégicamente y a nivel mundial, el pago en especie que últimamente ha privilegiado el narcotráfico para saldar a su personal recrudece aún más el problema al convertirlo en círculo vicioso, donde los nuevos adictos estarán dispuestos a emplearse por siempre y con mayor desesperación para satisfacer su propio consumo, cada vez menos concientes del exiguo destino que tienen dentro del negocio.

Desde este escenario, la red trasnacional que sale victoriosa una vez más, es el narcotráfico, pues dadas sus características estructurales de arraigo y corrupción extendidas a lo largo y ancho del mundo, así como las ingentes ganancias económicas que le hacen una estructura paralela o quizá mayor a la economía formal, le convierten en una actividad claramente representativa de la globalización.

En contraparte, existen escenarios más positivos socialmente, donde los lazos establecidos se orientan hacia aquellas instituciones u organizaciones que puedan tender un puente para que el potencial pandillero se oriente a la reconstrucción del tejido social tanto en el origen como en el destino y tránsito de sus participantes.

Una muestra clara ha sido la labor de instituciones como la Iglesia, mayormente la evangélica, que ha tratado de poner al servicio del rescate de los pandilleros toda su infraestructura y capacidad de refugio espiritual. Aunque, en algunas ocasiones, esta opción continúa siendo una salida mística y a veces un nuevo fundamentalismo y motivo de confrontación para los exmiembros de las pandillas, es innegable su

importancia como alternativa, como un vínculo con la pacificación y la sana socialización de los jóvenes, e incluso su nueva participación en el desarrollo local.

Por ejemplo, la iglesia Pentecostés, descentralizada y flexible, construye redes que traspasan las fronteras e incorporan a los migrantes de la región, convirtiéndose en un recurso importante particularmente para jóvenes implicados anteriormente en actividades de pandillas en los Estados Unidos y en sus comunidades de origen (Vásquez, 2001).

A diferencia, una más de las alternativas de reciente surgimiento y en constante consolidación ha sido el impulso de las organizaciones civiles sean propiamente relacionadas con los derechos humanos de los jóvenes, tanto como aquellas creadas *ex profeso* por y/o para ex pandilleros, que tienen como meta la prevención, intervención y reinserción social de jóvenes activos en violencia, drogas y pandillas.

La labor de estas experiencias de organización social también han rebasado los límites de las fronteras nacionales, para convertir su causa en transnacional. Como ejemplo, podemos citar a **Homies Unidos**⁵, organización de expandilleros cuyas sedes y programas encontramos tanto en San Salvador, El Salvador, como en Los Ángeles, California. Cada uno desde sus localidades ejerce un activismo en pro de los derechos de los jóvenes involucrados en las pandillas y en coordinación de sus recursos e información ejecutan acciones de intermediación entre las necesidades de los pandilleros y de la sociedad y sus instituciones.

Similar es el caso de una iniciativa de Parlamento Juvenil Centroamericano impulsada por la organización no gubernamental **Grupo Ceiba**⁶ con sede en Guatemala. Esta organización desde mediados de 2005 realiza gestiones de

⁵ Para mayor información se puede consultar sus sitios web en: <http://www.homiesunidos.org/>, de Estados Unidos y <http://www.homiesunidoselsalvador.net/>, para El Salvador.

⁶ Todos los detalles de este evento y de la Asociación Grupo Ceiba se encuentran en <http://www.gruce.org/>

coordinación e intercambio de experiencias con varias organizaciones a nivel regional preocupadas por la afectación de la violencia, las drogas y las maras. Así, en su primera asamblea realizada en diciembre de ese mismo año logró el encuentro de 40 organizaciones —representadas por jóvenes y expandilleros— de Nicaragua, Honduras, Guatemala, El Salvador y México, mismas que establecieron un diálogo con miras a sacar una serie de propuestas dirigidas a organismos nacionales e internacionales, así como a las instituciones de los Estados involucrados sobre las mejores maneras de enfrentar los desafíos de la violencia imperante en la región.

Estos son sólo algunos destellos de la factibilidad de que un fenómeno construido por la transnacionalización de una identidad (que incluye prácticas y representaciones) pueda en su ruta más optimista e incipiente trascender su actual estado de violencia y trasgresión hacia la canalización de su potencial de organización y de experiencia para la transformación social de las comunidades que les dieron origen, que les permitieron el tránsito y aquellas que variablemente las abrigan para protegerse.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRADE-EEKHOFF, Katharine y Silva-Avalos, Claudia Marina. 2003. Globalización de la periferia: los desafíos de la migración transnacional para el desarrollo local en América Central, en Documento de Trabajo, de FLACSO, Programa El Salvador. Consultado en <http://www.comminit.com/la/teoriasdecambio/lacth/lasld-255.html>
- AYRES, Jeffrey M. 2001. "Transnational Political Processes and Contention against the Global Economy." *Mobilization* 6. Pp. 191-205, en Smith & Johnston
- BALARDINI, Sergio (comp.) 2001. *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires. CLACSO.
- BRICEÑO LEON, Roberto (comp.) 2002. *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*. Buenos Aires. CLACSO.
- CASTELLS, Manuel. 1999. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad*. Volumen II. México. Siglo XXI.
- CASTILLO BERTHIER, Héctor. 2004. "Pandillas, jóvenes y violencia", en Revista Desacatos, No. 14 "Juventud, exclusión y violencia". México. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Pp. 105-126
- _____. 2002. "De las Bandas a las Tribus Urbanas", en Revista Desacatos. No. 9 "Transgresiones". México. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Pp. 57- 71.
- CHIHU, Aquiles (coord.) 2002. *Sociología de la identidad*. México. UAM-Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa.
- COHEN, Alberto. 1970. *Delincuentes juveniles: la cultura de las pandillas*. México. FCE.
- COSTA, P.; J. PEREZ y F. TROPEA. 1996. *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Barcelona, México, Buenos Aires. Paidós.
- Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC) de Honduras; Instituto de Encuestas y Sondeo de Opinión (IDESO) de Nicaragua; Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IDIES) de Guatemala e Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) de El Salvador. 2001. *Maras y Pandillas en Centroamérica, Vol. I*. UCA. Managua.
- FEIXA, Carles. 1998. *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*. México. IMJ.
- _____. 1998b. *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona. Ariel.
- GIDDENS, Anthony. 1995. *Modernidad e Identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona. Península.
- _____. 2000. *Un mundo desvocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*. México. Taurus.

- GIUGNI, Marco G. 2002. "Explaining Cross-national Similarities among Social Movements." Pp. 13-29, en Smith & Johnston.
- GOMEZJARA, Francisco, et. al., 1987. *Las bandas en tiempos de crisis*. México. Nueva Sociología.
- _____. 1987b. *Pandillerismo en el estallido urbano*. México. Fontamara.
- HUNT, Scott A., Robert D. Benford, y David A. Snow. 1994. "Identity Fields: Framing Process and Social Movement Identities". Pp. 184-208 in *New Social Movements From Ideology to Identity*, editado por E. Laraña, H. Johnston, y J.R. Gusfield. Philadelphia: Temple University Press.
- LARAÑA, Enrique. 1999. *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid. Alianza.
- LONDOÑO, J. L., A. GAVIRIA y R. GUERRERO (eds.) 2002. *Asalto al desarrollo: violencia en América Latina*. Washington. Banco Interamericano de Desarrollo.
- MAFFESOLI, Michel. 2000. *El tiempo de las tribus*. Madrid. Icaria.
- MANEY, Gregory M. 2001. "Transnational Structures of Protest: Linking Theories and Assessing Evidence." Pp. 31-50 en Smith & Johnston
- MEDINA, Gabriel (comp.) 2000. *Aproximaciones a la diversidad juvenil*. México. COLMEX.
- MELUCCI, Alberto. 1995. "The process of Collective Identity". Pp. 41-63 en *Social Movements and Culture*, editado por H. Johnston and B. Kladermans. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- NATERAS DOMÍNGUEZ, Alfredo (coord.) 2002. *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. México. UAM, Unidad Iztapalapa- M. A. Porrúa
- POLLETA, Francesca and James M. Jasper. 2001. "Collective identity and Social Movements". *Annual Review of Sociology* 27:283-305.
- PORTES, A., L. Guarnizo y P. Landolt (1999) "Introduction: Pitfalls and promise of an emergent research field", en *Ethnic and racial studies*, Special Issue Transnational Communities, 22 (2), p. 217-237.
- SANTACRUZ, María y Alberto Concha. 2001. *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. San Salvador. Instituto Universitario de Opinión Pública.
- SASSEN, S. 1998. *Globalization and its discontents*. The New Press. New York.
- SMUTT, M. y J. MIRANDA. 1998. *El fenómeno de las pandillas juveniles en El Salvador*. San Salvador. UNICEF-FLACSO.
- VELÁSQUEZ, Juan Luis. 2001. *Las remesas familiares y su impacto en el desarrollo*. FLACSO Guatemala / Programa de Migración. Mimeo.
- WHYTE, William. 1971. *La sociedad de las esquinas*. México. Diana.
- WILLIS, Paul. 1988. *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Madrid. Akal.

